

sola condición la humanidad puede vivir tranquila y dichosa, de ello se sigue el imperioso deber de consagrarnos al estudio de la ciencia que entraña el progreso y emancipación sociales.

A muchos parecerá montaña inaccesible eso de entregarse á profundos estudios, poco avezados á estos trabajos, para conseguir la mayor suma posible de verdad; pero eso es pura aprensión; necesitase más de buena voluntad, propósito decidido, que del trabajo material. Baste saber que hay tanto hecho, tal cúmulo de observaciones verificadas, que ha adelantado de tal modo la ciencia, que casi lo único que falta es ordenar y meditar sus conclusiones, analizando las premisas y demostraciones que ofrece, con sólo el cuidado de aceptar aquello que esté basado en principios ciertos, no olvidándose de la buena filosofía ni de la natural lógica.

Una cosa es conocer bien las demostraciones de la ciencia pertinentes al gran problema social, y otra cosa es crear, como quien dice, esa ciencia, obra de los pensadores de todos los tiempos. Muy distinto es tener una ilustración sana acerca de estas materias, que ignorarlas en absoluto, creyendo absurdos, y como tales, siempre improbables y por demás funestos.

Es en este sentido práctico que excito el estudio para adquirir ciencia, porque es el único modo factible para la gran masa social, y el sólo medio de llegar á una fuerza intelectual incontrastable, y siendo incontrastable, suficientemente poderosa para traducida en el hecho real de la evolución anhelada.

Naturaleza

Se ha dicho que la ciencia es el conocimiento de la Naturaleza, porque todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será, tiene por origen la Naturaleza, procede de ella, es efecto de la misma. Nada racionalmente concebible se halla fuera del orden natural. Y la más grande conquista humana, la elevación más alta de la ciencia, es haber

llegado á comprender esa Naturaleza, nuestra madre.

La humanidad ha tenido su infancia, y durante ella, como el niño, no observó, no vió ni entendió nada; su débil facultad pensante se perdió en el caos de profundos temores, extravagantes imágenes, absurdos monstruosos; sólo cuando la razonadora potencia hubo adquirido el completo desarrollo, como el hombre al alcanzar la plenitud del sér, se dió cuenta de los hechos, los analizó, y dedujo de ellos naturales y lógicas consecuencias. Entonces entró en la mayor edad.

De aquella ignorancia de la Naturaleza nace nuestro mal. Todos los errores, todas las preocupaciones, todo el barbarismo de las primeras edades, han extraviado á la humanidad, originando sus desvaríos, sus luchas, sus instituciones opresoras, sus grandes hecatombes; y consecuencia de todo ello es el malestar presente, pues todavía batallan los restos del salvajismo y la ignorancia con el progreso, con la justicia, con la ciencia.

Ahora bien: fuente de nuestra sabiduría es la Naturaleza, hijos de ella somos, nada hay fuera de ella, debe ser, pues, nuestro primer anhelo conocer esa madre que nos da vida y que adorna nuestro sér con la hermosura de la consciente intelectualidad que nos permite comprenderla y amarla.

¿Y qué es la Naturaleza?

Nada más que esto: *materia y fuerza*.

Es condición de la materia la fuerza; es esencia de la fuerza la materia. No es concebible la una sin la otra.

Y hoy la ciencia añade que: *una es la materia de que se compone el Universo*.

«Los mismos elementos, dice Odón de Buén en su popular *Historia Natural*, se hallan en las rocas de la tierra y en los soles del cielo; un mismo cuerpo, el hidrógeno, arde y brilla en el sol; unido al oxígeno, forma el agua del torrente impetuoso ó del lago cristalino; con el oxígeno y el carbono, constituye sinnúmero de cuerpos orgánicos, el almidón, el corcho, el azúcar ó el aceite; con los dos elementos